



Homilía en la Santa Misa con motivo de la fiesta de la Virgen de los Milagros Ágreda – 13 de junio de 2020

Queridos hermanos sacerdotes; Sr. Alcalde y Corporación municipal de Ágreda; Autoridades aquí presentes; Hermanos todos en el Señor:

Un año más la Villa de Ágreda y su Tierra viene ver a nuestra Madre, la Virgen de los Milagros; a contarle las penas y tristezas causadas por la pandemia del coronavirus pero también a contarle nuestras ilusiones y a ponernos bajo su protección y su amparo, bajo el maternal regazo de nuestra Madre María. Hoy muchas personas no han podido venir a esta hermosa Basílica en la popular romería que se celebra en honor de Nuestra Señora de los Milagros por las limitaciones de aforo y de movilidad interprovincial. Son muchos los devotos de los pueblos y villas vecinas de Aragón, Navarra y La Rioja que no han podido acercarse físicamente. Pero estoy seguro de que están presentes con el corazón expresando su amor filial a la Madre de Dios y Madre nuestra.

No podemos obviar esta situación humana tan llena de dolor, de angustia y tristeza que seguimos experimentando por la enfermedad y la muerte de tantas personas a causa del coronavirus. Situación que se ha hecho más dolorosa, si cabe aún, por la soledad en la que se ha producido la muerte de nuestros vecinos, amigos o familiares. Necesitamos que el amor de Dios nos ilumine y nos dé serenidad para afrontar el futuro con esperanza y poder exclamar con las palabras del Apóstol Pablo: *“Bendito sea Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y corporales [...] Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos”* (Ef 1, 3.5).

Estamos en vísperas de la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, conocida más popularmente como el *Corpus Christi*. Durante estos meses de confinamiento se ha suprimido el culto público por motivos sanitarios echando en falta, sobre todo, la celebración de la Eucaristía con fieles y poder comulgar al Señor. Sin embargo, estoy convencido de que esto no va a suponer una merma en la praxis de la Eucaristía dominical, sino más bien todo lo contrario. Porque es ahora cuando más sentimos nuestra debilidad y la consiguiente necesidad de buscar el rostro del Señor, acercarnos a Él, alimentarnos con su Cuerpo y con su Sangre, expresión de su amor y entrega sacrificial en el altar de la Eucaristía. No podemos olvidar que fue el mismo Jesucristo, el Hijo de Dios, quien instituyó la Eucaristía en la noche en que el Pueblo de Israel celebraba la Pascua. En medio de esa celebración pascual, Cristo tomó el pan y el vino, y pronunció esas solemnes e impresionantes palabras: *“Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros, haced esto en memoria mía [...] Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros...”* (Lc 22 ,19-20).

Fijémonos en estas palabras pronunciadas por Jesús: *“Haced esto en memoria mía”*. Jesús pide a los suyos que continúen en el tiempo los gestos y las palabras de esa vida entregada por amor para salvación de la humanidad. Así lo ha creído y vivido la Iglesia a través de los siglos y así lo sigue expresando: este pan y este vino son el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús. Bellísimas palabras las de este himno eucarístico de Santo Tomás de Aquino: *“Adoro te devote, latens Deitas, quae sub his figuris vere latitas”* (*Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias*). La Iglesia cree, con toda la fuerza de su fe, que el Señor está verdadera y realmente presente en la Eucaristía convirtiéndose así en fuente de esperanza y de salvación para toda la humanidad. La Eucaristía nos pone a todos en el camino de la confianza en el Señor, a pesar de todo el dolor y sufrimiento de esta vida, porque el Dueño y Maestro de la historia se ha quedado con nosotros. Nos hace vivir en el abandono total en las manos de Dios, que no busca otra cosa sino salvarnos a todos e introducirnos en el gozo de su Reino. Hermanos, hagamos el compromiso de amar y adorar cada día más la Eucaristía. Hagamos el compromiso de participar todos los domingos en la Misa. Recuperemos la centralidad, la belleza y la fecundidad de la Eucaristía, porque ella es la Fuente perenne e inagotable de la vida cristiana, de la Vida divina, de la Vida eterna.

En cada Eucaristía actualizamos sacramentalmente este misterio de amor de Dios a los hombres. Por eso hoy es también el día de la caridad. Desde el manantial del amor que es la Eucaristía, nuestras vidas quedan transformadas y nos convertimos en verdaderos misioneros, testigos de Dios a través de las obras de amor. El Papa emérito Benedicto XVI escribe en su primera Encíclica *Deus Caritas est*: *“La caridad no es una especie de actividad de asistencia social, que se podría dejar a otros, sino que pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”* (n. 25). En la Eucaristía experimentamos la alegría de vivir y recibimos el alimento del camino tan necesario para vivir nuestro ser cristianos en la Iglesia y en el mundo, siempre al servicio de los hermanos. Comulgamos al Señor y nos transformamos en el pan y vino tan necesario para tantos hermanos enfermos, pobres, necesitados de una palabra de consuelo y de una palabra de esperanza por parte de Dios.

Queridos hermanos, hemos leído el Evangelio de la visitación de María a su prima Isabel, la cual llena del Espíritu Santo exclamó a voz en grito: *“Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre”* (Lc 1, 42). El cuerpo que llevó María en su seno es el que sacramentalmente comulgamos en la Eucaristía. Ella fue el primer sagrario, el primer tabernáculo de la historia. No olvidemos nunca a María, la cual siempre nos remite a su Hijo Jesús y a la Eucaristía. María es, en palabras de San Juan Pablo II, la mujer eucarística con toda su vida: *“María concibió en la Anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor”* (*Ecclesia de Eucharistia* n. 55).

Pido a Nuestra Señora de los Milagros que proteja a todas las familias de Ágreda y su Tierra, a los enfermos, a los pobres y necesitados. Que sus ojos misericordiosos se vuelvan hacia nosotros y nos vea con ternura de Madre que nunca se cansa de amar a sus hijos.

✠ **Abilio Martínez Varea**
Obispo de Osma-Soria